

Estefana Canals

BIBLIOTECA MADRE MARIA T. GUYARA
UNIVERSIDAD DEL SAORADO CORAZON
SANTURCE, P. R. 00914

EL PABELLON

Organo de la Asociación de las Antiguas Alumnas del Colegio del Sagrado Corazón
PUBLICACION MENSUAL

Suscripción anual.....\$1.00

Ejemplar10

Dirección Postal: Apartado 3095, Santurce

Teléfono 2 - 0936

VOL. VI.

DICIEMBRE Y ENERO DE 1947.

NUM. 2

JESUS HA NACIDO EN NUESTROS CORAZONES

24 de diciembre.

Cae la tarde en Belén de Judea.

Sobre la ciudad se deslíen vespertinas languideces y por sobre las calles se sienten los pasos finos y leves de Ella Pasos de reina y de paloma Pasos sùtiles de una bella nazarena ¡María! A su lado silenciosos y modesto camina su augusto esposo, José.

Resbalan sobre ellos las miradas hoscas y frías de los transeúntes con los que al pasar se tropiezan. ¡Una pareja más! ¿Qué les importa? ¡Se ven tantos peregrinos como ellos en la ciudad en estos días en que se celebra el empadronamiento!

Señales de ansiedad se muestran en el rostro noble de José. El bello y candoroso rostro de la nazarena, velado por manto sutil, está extasiado y en suave arrobamiento se baña. ¡Su Hijo! Pocas horas faltan para su llegada. ¡Lo ha estado aguardando tanto tiempo! ¡Lo ha llevado con tanto amor en sus entrañas!

¿Cuál ha de ser su primer acto cuando tenga al Niño en sus brazos? ¡Pregunta que a solas se ha hecho tantas veces; y qué rápido el pensamiento le trae la callada respuesta! Depositaré sobre su frente tierna un beso de desagravio en nombre de la humanidad pecadora. De esta misma humanidad que hoy despiadada niega a su Hijo un sitio donde nacer ¡el Dueño de cielos y tierra! ¡Cuánto te debemos, oh María, intercedora por siempre de los mortales!

Continúan los aldabonazos dados en los portales recabando sobre ellos las miradas glaciales junto a las enfáticas respuestas negativas. ¿Qué hacer? Se ha cerrado la noche. Aparece en el firmamento rutilante estrella que junto a las mil que parpadean lanza sobre ellos sus rayos como

para guiarlos. Hay que salir afuera, al campo abierto, donde estén los pastorcillos humildes, los animales mansos. Lejos de los hombres; en sitio olvidado, hasta donde no lleguen los falsos ruidos mundanos.

Se acerca la medianoche. Reposo y soledad en el campo, suaves rumores se dejan sentir. ¡Cuán bello es el cielo de la medianoche! Por los caminos bordados de retoños camina la pareja. Un establo abandonado aparece en la reconditez de un monte, a manera de cueva. Un asno y un buey pacen en él humildemente. ¿Quizás allí?, se interpelan los ojos de ambos al callar de los labios

¡No! ¡No! ¡No entréis allí, por favor! Aquí tenéis un aposento, cueva sencilla, establo humilde pero ¡ardiente!, repleto de amor y de ternura porque lo calientan muchos corazones amantes de ese Niño-Dios que pronto nos ha de llegar Corazones que todos unidos formamos "¡la gran familia del Sagrado Corazón!" ¡Sí, Jesús! Haz mansión en ellos y conserva siempre en ellos tu morada

Desplómense los ámbitos en armonías celestiales, estremézcense de júbilo cielos y tierra, desgárense las sombras y surjan las claridades, ábranse las puertas de las inmensurables alturas de los cielos para dar paso a las legiones de ángeles pulsando liras; resuenen las campanas, trinen los pájaros en sus nidos. ¡Arriba los corazones de los mortales!

Humanidad toda, ¡alegraos!

¡Jesús ha nacido en nuestros corazones! . . .

Ana María Esteva de Carrasquillo.

E. de M.

CARIDAD, MUCHA CARIDAD!

Al unir en este número de "El Pabellón" el año que termina y el año que comienza podemos hacernos estas preguntas: ¿Qué nos ha traído Dios en el año que ha pasado? ¿Qué nos va a traer en el nuevo año? ¿Qué vamos a dar nosotros a Dios durante él?

Al terminar el pasado procuramos saborear las dulzuras, los felices auspicios de aquellos acontecimientos que nos anunciaban tantos bienes, como son los de nuestra Redención . . . Pasaron unos días, y aquel rosal sin espinas, que fué la Virgen Santísima, dió su flor . . . Y el Salvador nos vino a colmar de bienes . . . Y yo me considero ahora, al comenzar el año nuevo, como revestido, abrumado sobre mí, beneficios espirituales y temporales; en ambas esferas, quizá, me haya distinguido sobre tantas y tantas gentes que pueblan la tierra y que pasan a nuestro lado . . . ¡Dios cuán rico, cuán generoso, cuán providente ha sido conmigo! . . . Y yo, en la medida y en los límites de esta benevolencia participada de Dios, ¿por qué no he de ser benévolo, providente, rico, generoso para con los demás? . . .

¿Cómo corresponder mejor a la conducta de Dios para conmigo que imitándole, siendo, aquí en la tierra, como un reflejo divino: la misericordia, la providencia, la generosidad de Dios, que allí por donde pasa lleva la paz, la vida, la alegría, la fe . . .? ¿Pero, es posible eso? ¿Es que yo puedo ser la Providencia de Dios en la tierra? . . .

Sucede en el mundo de las almas, mejor dicho, en el mundo de los hombres, lo que en el mundo físico y material de la tierra. La tierra material vive, fructifica y se hermosea por las influencias que le vienen de arriba: por el riego de las aguas que le traen las nubes, por las oleadas de luz y de calor que bajan a torrentes del sol. Pero no se extiende la tierra bajo nuestras plantas como una llanura igual y nivelada por un raseo . . . Para decirlo en una palabra: en la tierra hay cumbres y hay llanuras; y aunque llanuras y cumbres reciben las influencias del cielo, no las reciben de la misma manera y en la misma medida. Acumúlense las nieves en las altas montañas formando depósitos inagotables de aguas puras y raudales que, luego, al contacto de otra influencia del cielo, de la luz y del calor que las derrite, se derraman profusamente por fuentes y manantiales por la llanura, que agraciada se viste de pompa, riqueza y hermosura...

Pero, ¡ay de la llanura, si las cumbres avaras retienen en sí o en sus laderas los caudales que recibieron del cielo! . . . ; sin esas bendiciones del cielo que retiene el egoísmo de los montes elevados, se reseca, se esteriliza y muere de sed... ¿Es que Dios envía las nieves y los rayos del sol sobre las espaldas de los montes para que allí queden depositados, o, más bien, para que, convenientemente distribuidos por cauces más o menos amplios, lleven la vida, la hermosura, la alegría a los valles profundos y a las llanuras dilatadas? . . .

Las Antiguas Alumnas, en mayor o menor grado, pero siempre con verdad, pueden decir: yo soy como las cumbres sobre las que Dios ha acumulado en abundancia bienes espirituales y temporales!... ¿La luz de los bienes espirituales?... ¡Mírcd la cumbre que emerge de la llanura . . . antes de amanecer, ya su cima está dorada por el sol; durante la plenitud del día recibe de más cerca, con más intensidad, sus ardores; a la caída del día, cuando la sombra se ha extendido por la llanura, aún destella reflejos luminosos! . . .

¿De qué medios se vale Dios para enriquecer las almas con sus gracias espirituales? Hay instrumentos instituidos para ese fin, como los Sacramentos; hay otros medios, no tan directos, pero muy eficaces, como los libros, revistas, predicaciones, hasta los viajes . . . ¿Me faltó alguna vez la luz de la gracia? ¿No fuí como la alta cumbre que al amanecer y al mediodía y a la tarde recibe luces del cielo, y casi junta los amaneceres con las puestas del sol sin conocer la noche? . . .

Nací en tierra cristiana, de padres cristianos... y aún puedo decir que la primera caricia que recibí en este mundo fué la de las aguas bautismales que cayeron sobre mi frente, trayéndome la gracia y el título de hijo de Dios. Y, tras el bautismo, se abrieron las fuentes de los demás Sacramentos . . . y cuando fué menester que se me perdonaran los pecados, se me perdonaron; y cuando fué menester fortalecerme contra las tentaciones, me fortalecieron; y siempre, siempre tuve tiempo, siempre tuve a la puerta de mi casa, al alcance de mis manos, los Sacramentos con todas las riquezas espirituales que atesoran. Porque nunca me faltaron ni la instrucción religiosa para comprender su valor, ni el aliciente de las inspiraciones interiores y de los impulsos exteriores para acercarme a ellos; no me faltaron ni templos, ni altares, ni ministros . . .

¿Y mi educación? ¿Esa segunda alma que en-

(Pasa a la página siguiente)

dereza, modela y forma aquella verdadera alma que recibimos de Dios, no fué aquella educación de las Religiosas del Sagrado Corazón, que es, ante todo, y sobre todo, la gracia de Dios informando, elevando y santificando toda ciencia y todas las artes humanas . . . la instrucción que eleva a Dios . . . y no la que aleja de Dios . . . ?

¿Y para qué hablar de instrucciones y predicaciones? . . . Hasta los viajes que llevándonos allí donde nació y murió el Salvador, allí donde se manifiesta su Vicario, allí donde quedan ostensibles las huellas de tantos Santos, fortifican la fe y confirman en la virtud . . . ¿Cuántos de esos viajes he podido hacer yo y quizá haya hecho, que tantas y tantas gentes no han podido hacer? . . .

Por todo lo cual, ¿es que exageraba al decir que, en cuanto a los bienes espirituales recibidos del cielo, las Antiguas Alumnas son como las cumbres altas que no conocen las sombras de la noche, porque están continuamente iluminadas por los rayos del sol?

¿Y los bienes temporales? los hemos recibido en la misma abundancia? Sin duda ninguna; cierto que, en mayor o menor grado, pero ¡Cuán favorecidas también!

No han sido los bienes temporales para ellas como hilo de agua que corre escasa junto a su hogar, en caudal tan limitado que sólo da suficiente para regar cada día su propio huerto, y que afanosamente ha de recoger para que no le falte mañana lo que ha dejado de ahorrar hoy. Es más bien nieve apelmazada que sacia la tierra sobre la que cae, y después de saciarla, aún puede convertirse en fuente que corra benéfica a apagar la sed de otras tierras y llenarlas de alegría. ¡Bendito sea Dios por ello! ¿Pero he de ser, me es lícito ser como monte cubierto de nieve que niega sistemáticamente el caudal que le sobra a los valles sedientos que mueren de aridez en su rededor?

Hazte como Dios, decía a este propósito San Gregorio Nacianceno, imitando la conmiseración de Dios . . . Hazte como Dios, que te ha colmado sin reservas de bienes espirituales y temporales, derramándolos entre tus semejantes que carecen de ellos. Y séás como Dios, porque serás la providencia, la misericordia, la conmiseración de Dios. Serás como Dios en el catecismo que tú misma haces, que tú misma explicas, y cuando lo fundas con tu iniciativa, y lo animas con premios y con instrucciones, y con hojas piadosas y con folletos...

Serás como Dios, cuando te acercas personalmente al enfermo pobre y le llevas, no sólo la moneda que no tiene, sino el Padrenuestro que ignora (no ha tenido tu educación), y el cariño de un apretón de manos o las caricias y abnegación de enfermera que tan hondamente sabe agradecer . . . Serás como Dios, cuando proporcionas al pobre una habitación decente y abres a sus hijos las puertas de un asilo o de una escuela . . . y, si está en tus posibles y lo puedes hacer sin menoscabo de tu posición, obras como Dios si fundas la escuela o el asilo . . . Y siendo como Dios e imitando a Dios, llevarás a aquellas almas fe, paz, amor y felicidad . . . aquella felicidad de que somos capaces en este mundo . . .

Y ¡cuán agradecidas suelen ser las Llanuras! A pesar de contemplar las montañas abrumadas bajo la riqueza de sus nieves, si ven al mismo tiempo que las sueltan generosas por sus laderas en raudales que vienen a fecundar sus propias entrañas . . . no sienten envidia, no sienten rencor; antes bien las bendicen, y en ellas y por ellas bendicen y alaban a Dios, autor de todos los bienes, que aprieta, dicen, pero nunca ahoga . . . Y ¡qué fortuna, qué consuelo, qué descanso para el alma caritativa hacer el bien como Dios y suscitar con ello en los corazones alabanzas divinas y sentirse envuelto en ellas! . . .

Pero ¡ay si las Llanuras se percatan de que las cumbres se sacian, si, en las riquezas con que Dios las ha distinguido, y al mismo tiempo, egoístas, las reitenen y las utilizan sólo para hacer ostentación de la blancura resplandeciente de sus mantos de nieve ante los ojos sedientos de la miseria! . . . ¡Ah!, entonces sí que sentirá envidia, sentirá rencor; y de su corazón y de sus labios saldrán confundidas las imprecación contra su prójimo y la blasfemia contra Dios . . . ¡Y que las cumbres quieran cargar con la responsabilidad de dar ocasión y motivo de esas imprecaciones que inspira la desesperación del pobre desatendido! . . .

No serán tales las Antiguas Alumnas . . . que al comenzar el año 1947, y al abrir el libro de cuentas del mismo lo han de encabezar con estas palabras grabadas, bien grabadas en la primera página: **¡Caridad, mucha caridad!**

Tomado de "Pláticas Breves" P. Luis Izaga, S. J. casi en su totalidad.

ANTAÑO FELIZ

Por Miriam.

Hu.gando en el archivo de nuestra memoria encontramos los recuerdos de nuestra infancia dichosa, pasada a la sombra del Sagrario, bajo la vigilancia maternal de las Religiosas del Sagrado Corazón, en cuyas manos pusieron nuestros padres la dirección y formación de nuestros corazones.

En ese archivo están impresos recuerdos de todas clases y de todos matices. Los hay de carácter religioso los cuales destacándose durante toda la vida, nos iluminan, nos dan calor e inflaman nuestro fervor cuando la tibieza quiere invadirnos.

Los hay de ejemplos de virtud admirables, de hechos heróicos, de relatos sublimes que elevándonos en aquel entonces a regiones altísimas, nos llenaban de deseos de imitarlos y hasta de aventajarlos y que al traerlos, de nuevo a nuestra contemplación, vuelven a levantar nuestros espíritus y a ofrecernos la enseñanza que necesitamos, cuando las miserias y bajezas humanas, que nos rodean, quieren acobardarnos.

Los hay también de toques exquisitos de la gracia a los que tratábamos de corresponder con todo el entusiasmo de nuestra juventud, sin contar con nuestra debilidad infantil. Recuerdos éstos que nos mueven siempre a gratitud inmensa, para con el Buen Jesús inspirador de toda gracia y a correspondencia más firme y más constante.

También aparecen en ese tarjetero invisible, incidentes, cómicos unos, tragicómicos otros, travesuras desesperantes para nuestras maestras y deliciosas para las pequeñas y medianas que incontinentemente nos divertíamos probando su paciencia. El recordar esos incidentes y travesuras también tiene su utilidad en la vida. Hay momentos en que aún habiendo combatido la tristeza o el mal humor no podemos aparecer sonrientes porque no hemos podido deshacernos del malestar que trajo esa tristeza, o de la molestia e indignación producida por el desengaño o la injusticia. Evoquemos entonces algunos de esos incidentes y la sonrisa reaparecerá en nuestros labios haciéndonos sentir niñas de nuevo, protagonistas o espectadoras, como en aquel entonces.

Humildemente voy a transcribir algunos de estos últimos recuerdos, segura de que los de carácter piadoso, elevados y dulces, llenarán las cuartillas de mis compañeras que viven en un plano tan alto, que no necesitan el estímulo del recuerdo de esas pequeñeces.

Empecemos por la Calle de la Cruz. ¡Qué nombre más significativo y adecuado! Allí vivieron nuestras madres por tres años, crucificadas en el árbol de las incomodidades y los sacrificios. No había en aquella casa sitio para el recreo y eso, que solo éramos cinco internas. Por las tardes nos llevaban a la azotea para que disfrutáramos del aire libre. Con nuestros banquitos de tijera subíamos la estrecha escalera y nos sentábamos alrededor de la maestra para oír algo interesante. Esa tarde subía con nosotras la madre asistente, de nacionalidad francesa y algo entrada en años. No puedo recordar su nombre. Era yo la más pequeña del grupo. Ese año debía hacer mi primera comunión. Abrimos nuestras sillas y esperábamos para sentarnos a que la Madre lo hiciera primero pero, ¡oh, tragedia!, su silla debió estar apollada y la tela en muy mal estado. Se hizo añicos bajo el peso de la Madre. Carcajada general. María Morey, banda azul, tragaba saliva tratando de disimular la risa. La pobre Madre, con su humanidad, aún en tierra, nos dijo: "Niñas, tienen cinco minutos para reírse y usted, María, me ayudará a bajar la escalera." Silencio sepulcral. Nos quedamos petrificadas. La Madre se había dado un buen golpe y no volvimos a verla hasta después de tres o cuatro días.

En la misma Calle de la Cruz, en la azotea del pensionado, las Madres habían hecho fabricar un dormitorio para doce internas, seguido de otra habitación como para cuatro camas y que ocupaba la Maestra General, Madre Cervantes. Los papás de las Garzot viajaban mucho a causa de la falta de salud de la mamá, y por la misma razón, las niñas venían internas muy pequeñas. La menor, que era casi un bebé, la pusieron en el cuarto de la Maestra General. A la media noche, nos despertó un ruido acompañado de un chasquido, como si algo cayese al agua, y en realidad, Mela se había caído de la cama al bañito lleno de agua que había quedado delante de la cama. Conmoción en el dormitorio; cabezas fuera de las cortinas, risitas, cambio de camisita para

(Pasa a la página 5)

ANTAÑO FELIZ

(Viene de la página 4)

la nena y una reprimenda para las curiosas y bur-lonas.

En esa misma Calle de la Cruz estábamos en preparativos para la fiesta del Centenario de la Sociedad. Las internas adornábamos un altar durante el recreo de la noche en la sala de estudio. La maestra nos dice: "Baje una de Uds. y pídale a la Madre Gefferoy los candelabros de tres luces." Las más activas, deseosas de servir, echamos a correr en la obscuridad, pues en el corredor no había luces. Yo encabezaba la carrera y no supe calcular el sitio de la escalera. De repente me sentí en el aire. La escalera tenía dos descansos pero de nada sirvieron para aminorar el ímpetu que llevaba; rodé hasta llegar al piso bajo. Ya en el suelo, sentí algo en la espalda. Creí que se había arrancado una loza del piso, pero lo que saqué de bajo mi espalda fueron los tacones de los zapatos que se habían desprendido. Suena la campana llamando a la enfermera; la Maestra General llega a toda prisa, y ella misma me lleva a la cama suponiéndome muy estropeada. Pero ni un golpecito. Parecía ésto imposible, y me hicieron tomar varias cucharadas de árnica, por si acaso. La Maestra General, preocupadísima, se quedó conmigo hasta las nueve. Yo encantada de haberme caído para ser el objeto de sus atenciones pues la quería muy de veras, aunque con la tontería y timidez de las medianitas. Sólo lamentaba en mi interior el desastre de las botitas que tenían la parte de arriba de paño negro con unos puntitos rojos casi imperceptibles y que por lo tanto no eran las de reglamento, pero las madres no lo habían notado y yo me gozaba quebrantando la regla.

Pasamos a la parada 23, al hoy día Puerto Rico Sanatorio, entonces nuestro Colegio. Disfrutábamos del asueto de la maestra general. Ibamos a dar con ella un paseo por la propiedad. Agustina llega tarde y para alcanzarnos echa a correr y se enreda en unos alambros de púas. Grita desafortadamente y trata de desprenderse de los alambres, destrozándose la falda de alpaca negra y apareciendo al descubierto y colgando, algo rojo. Nos horrorizamos y llenas de angustia exclamamos: "Se ha matado, Madre, se ha matado. Mire usted lo que le cuelga." La Maestra

tra participaba de nuestro temor. Agustina avanzó hacia nosotros, sin dejar de gritar y agarrándose la falda rota como si estuviese herida. Al acercarse, pudimos apreciar que la cosa roja que colgaba eran unas ligas de ese color que llevaba prendidas de la cintura y no las vísceras de nuestra compañera, como habíamos creído.

Un día de abstinencia tuvimos huevos cocidos en el almuerzo. Acostumbraban traerlos con el cascarón para que no se enfriaran. En nuestra mesa estaba Rosita, siempre llena de buen humor y a quien gustaban muchísimo los huevos preparados de esa manera. Como yo lo sabía le serví más de uno, para que no tuviese que volverme a pedir. Reinaba el silencio, sólo se oía la voz de la lectora. De repente, Rosita se pone de pie y grita haciendo muecas de repugnancia: "Madre, venga, mire lo que ha pasado; he quebrantado la abstinencia; he premiscuado." La Madre se acerca y le dice: "Niña baje la voz, eso no puede ser." "Sí, Madre, sí; ese último huevo que me comí ya estaba hecho casi pollito."

Me temo haber escrito más de lo que pide el Pabellón para el Concurso de ANTAÑO FELIZ. Debo cerrar, pues, el archivo de mi memoria, para sólo leerlo en privado, cuando nadie me oiga.

Carmelina Cerra Vda. de Fernández García.

Dios me ha dado el poderío
del sentir hondo y con brío
y el pensar sereno y claro
¿y he de sentirme yo avaro
de lo que, al cabo, no es mío?

Jamás una flor sencilla
nos negó la maravilla
que en sus pétalos se encierra
jamás le negó la tierra
su color a la semilla.

Y yo, que debo al Señor
un alma y un cuerpo llenos
de fecundidad y amor . . .
¿me resignaré a ser menos
que la tierra y que la flor?

Quiero hacer bien en mi vida
para sentir en mi pecho
esa dulzura escondida
que engendra la indefinida
satisfacción del bien hecho

Que es verdad que, aunque haya quien
nunca lograra entenderlo,
hay un goce en hacer bien
por sólo el goce de hacerlo.

Versos entresados de la poesía "Lección de Vida"
de J. M. Pemán.

CRONICA SOCIAL

Compromisos:

Lisette Ortiz Córdova y Rafael Veve Bird.
Rosita Carrión y Roberto Esteves.

Nacimientos:

Antonio: De Ritita Brunet de Ortiz Toro y Jorge Ortiz Toro.

Carmen Teresita: De María Victoria Carrasquillo de Morales y el Dr. Pablo Morales Otero Jr.

Marcelino: De Ma. Cristina Goenaga de San Miguel y Marcelino San Miguel.

Felicitemos a los respectivos papás y a las abuelitas maternas: Rita Calaf Vda. de Brunet, Ana María Esteve de Carrasquillo y Josefina Saldaña de Goenaga.

Matrimonios:

Carmen Ma. La Costa y Bolívar con Héctor Nevares Guillermetty.

Josefina Fernández Garzot con Edgardo J. Urrutia.

CUANDO INTERESE UD. UN REGALO DE GUSTO Y CALIDAD

VISITE A

GIUSTI

ALLEN 27

PRECIOS MUY RAZONABLES

Y RECUERDE QUE UN REGALO DE

GIUSTI

SIEMPRE SE AGRADECE MAS.